

— 351 —

CAPITULO VI.

Padres de la Iglesia latina.—San Hilario de Poitiers.—San Ambrosio.—
San Gerónimo.

La lucha admitida por los retóricos y sofistas educados en las escuelas de Grecia y Asia, fué rechazada por la altivez y el orgullo romano. El Oriente opuso á la predicacion del Evangelio todas las bellezas, todos los encantos del culto pagano: Roma, con el instinto del miedo, pretendió prolongar por algunos dias un poder efimero y pasajero, mostrándose fuerte y vigorosa con quien humilde ofrecia su sangre, para fertilizar con ella un suelo estéril, teatro continuo de guerras civiles y miserables intrigas.

Los romanos consideraron desde un principio á los cristianos como sectarios peligrosos, y los combatieron como enemigos, no solo de las instituciones politicas de la patria, sino hasta del género humano: opusieron á su deseo de discusion el desden, la indiferencia; y esta conducta, muy en armonía con su carácter, con sus costumbres, contribuyó providencialmente á un triunfo mas positivo, cuanto fué mas difícil de alcanzar.

Allí donde resonó potente la voz de los ilustres defensores

de la fé, allí germinó lozana la nueva idea, haciendo retroceder las preocupaciones de pueblos sometidos á un yugo vergonzoso. Roma, que no podia oponer al progreso moral de los pueblos conquistados mas que el recuerdo de sus glorias pasadas, fué vencida, y el Occidente ofrece á nuestra contemplacion ilustres defensores de Cristo, varones sapientísimos y elocuentes, de que vamos á ocuparnos en este momento, llamando sobre sus trabajos apostólicos la atencion de los que han de consagrarse al ministerio de la predicacion.

PADRES DE LA IGLESIA LATINA.

San Hilario de Poitiers.

Descendiente de una familia ilustre, San Hilario nació en Poitiers á principios del siglo IV.

Su aficion al estudio le decidió á consultar, siendo jóven todavía, los libros de los cristianos, y ante ellos su alma experimentó nuevas y estrañas impresiones. «Conoci, dice el mismo santo, que no podia haber mas que un solo Dios omnipotente, eterno é inmutable;» y siguiendo en este camino, los Evangelistas completaron su conversion.

Bautizado solemnemente San Hilario, no tardó mucho en ser elevado al sacerdocio, y algun tiempo despues fué elegido obispo de su ciudad natal, en el año 356. Su heroica y tenaz defensa de los dogmas de Nicea, atrajeron sobre él las iras del emperador Constancio, que le desterró á Frijia.

Despues de muchos sufrimientos, San Hilario volvió á Poitiers, muriendo tranquilo y feliz el año 368.

San Gerónimo nos dá una elevada idea de la elocuencia de este Padre de la Iglesia latina, comparándola á la rapidez del Ródano: *eloquencie latinæ Rhodanus*, imágen espresiva y exacta; porque en efecto, la vigorosa dialéctica de San Hilario, alimentada con la doctrina sublime del Evangelio, viva, fuerte, impetuosa en su marcha, sostenida por el acierto en los períodos y la brillante armonía de la espresion, se precipita y rueda magestuosa, destruyendo y arrebatando tras sí todas las opiniones.

He aquí algunos trozos que como modelos de energia y de oportunidad, creemos verán con gusto nuestros lectores.

Escribe el santo al emperador Constancio, y le dice:

«Si he hecho algo que sea indigno, no ya del sagrado carácter del episcopado, sino de mi condicion de cristiano, de fiel observador de los preceptos del Evangelio, no pido gracia, ni que se me conserve en el sacerdocio; pido envejecer en la penitencia, ser deshonerado, morir en la oscuridad del castigo mas severo. Acerca de este particular no volveré á ocupar vuestra atencion, ni en lo sucesivo volveré á hablaros de mí, ni de mi denunciador. Pero ya que esto nó, séame concedido un momento de atencion sobre un asunto en que se halla interesada la salud del mundo, en que el silencio seria criminal, y en que la fé no debe quedar sin defensor.

¿No es esta un bien que os pertenece á vos, á mí y á todo el que es católico.? Deseais conocerla, y vuestro deseo no es escuchado: preguntais á hombres que predicán sus propias ideas, de ningun modo las palabras de la verdad divina..... ¿Por qué no se atienen á la sencilla profesion de fé, jurada en el bautismo, y que consiste en reconocer al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sin disfraz, sin adulteracion alguna? Pero eluden, truecan é invierten el sentido natural de las palabras establecidas en el sacramento de la regeneracion. Lanzados ya en

el camino de tales novedades, no saben á qué atenerse. Resultan tantas fórmulas como opiniones, tantas doctrinas diversas como caprichos particulares.»

Constancio no se dignó responder á esta súplica reverente, llena de interés por su persona y la salvacion de su alma, y San Hilario compuso un segundo escrito, con objeto de impedir la persecucion que los católicos esperimentaban de parte de los Arrianos; el santo pidió entonces el regreso de los obispos desterrados, y condenó severamente las violencias ejercidas contra San Atanasio y contra los demás confesores. Esta nueva petition no tuvo mejor éxito que la primera. Entonces el prelado creyó innecesaria toda contemplacion, y escribió lleno de heróico valor en los términos siguientes:

«Al romper el silencio que durante mucho tiempo he guardado, apelo á todo hombre razonable, sin temor de parecer indiferente ni apasionado. Ningun interés me anima, mas que el interés de Jesucristo. ¿Por qué, ¡oh Dios mio! no me habeis hecho nacer en los tiempos de Decio y de Neron? ¡Con qué ardor, sostenido por vuestra omnipotente gracia y por la misericordia de vuestro divino Hijo, no hubiera procurado arros-trar los tormentos mas crueles, por confesar vuestro santo nombre! La presencia del suplicio me hubiera recordado al profeta Isaias, y la llama de las hogueras hubiera traido á mi memoria el valor de los tres jóvenes hebreos que cantaban en medio del horno de Babilonia; habria envidiado la cruz y el quebrantamiento de huesos del ladron, á quien desde lo alto de la cruz abristeis el paraíso: habria envidiado los profundos abismos de los mares, los naufragios de Jonás y de vuestro Apóstol San Pablo, y habria bendecido el tener que combatir contra enemigos declarados. Entonces no habia vacilacion ni duda en el carácter de los perseguidores, y se sabia con toda

seguridad que en los suplicios, bajo el filo de la espada y sobre los cadalsos, la fé cristiana habia de mostrarse con honor. Lleno de confianza en vos, hubiera comparecido, en union de mis compañeros, en presencia de los verdugos, y vuestros fieles pueblos habrian marchado sin temor tras nuestros pasos como bajo una comun bandera. Pero en la actualidad tenemos que combatir á un enemigo que no se manifiesta, que se acerca enmascarado y obra por medio de artificio y seduccion. Es el Antecristo, con el nombre de Constancio, armado, no con látigos, sino con caricias, no con órdenes de prescripcion, sino con hipócritas maniobras. Es una persecucion de nueva índole que no abre los calabozos de donde se sale libre de todos los males de la presente vida, sino los palacios, donde no se entra sino para encerrarse en una vergonzosa servidumbre. No quiere la vida, sino el alma: no amenaza sus victimas con el hierro, sino procura corromper la fé con el atractivo de la recompensa; y si no vemos hogueras encendidas en las plazas públicas, no socava menos sordamente el gran edificio la astucia infernal bajo nuestras plantas. No profesa Constancio la religion de Jesucristo, sino para mejor hacerla traicion; no habla de union sino para turbar la paz, ni comprime la heregia para otra cosa que para impedir que haya cristianos; no ensalza el sacerdocio sino para anonadar el episcopado, ni construye iglesias sino para sacrificar la fé. Vuestro nombre, ¡oh divino Jesus! está en sus lábios, y todos sus actos no tienen otro objeto que despojaros de vuestra divinidad, y á vuestro Padre celestial, de un título tan hermoso.

No piensen los que me escuchan que me dejo estraviar por la prevencion ni por el deseo de hablar mal. Nó; ¿quién dirá la verdad sino los que son ministros de la misma verdad? Si acusamos falsamente, desde luego nos sometemos al oprobio que pertenece al calumniador; pero si cuanto os digo está probado, si al decirlo no traspaso los limites de la libertad, ni de la prudencia apostólica, cuando al fin rompo el silencio, ¿os sorprenderá el título de Antecristo que doy al emperador?

A aquellos á quienes esta palabra parezca apasionada, le diré: Olvidado habeis las palabras del santo precursor al rey Herodes, las de los niños Macabeos y las de su madre al príncipe Antioeo..... Aquí no hay temeridad, sino celo y fé; ni pasion, sino derecho natural; ni un falso entusiasmo, sino una noble confianza. Animado con el mismo espíritu, os hablaré sin temor, ¡oh Constancio! del mismo modo que hubiera hablado á Neron y á Decio y á Maximiliano.—Haceis la guerra á Dios y á su Iglesia; sois el enemigo de sus santos, á quienes perseguís; descargais vuestros furores contra los Apóstoles de Jesucristo, y socavais por sus cimientos la fé cristiana. Vuestra tiranía se ejerce, no solo contra los hombres, sino contra Dios. Tomais las apariencias de cristiano, pero ya nadie os cree. Habeis agregado vuestro nombre á la lista de los perseguidores del Cristianismo; os colocais en los tiempos del Antecristo, y ejecutais anticipadamente su obra de destruccion. Anonadais la fé con vuestra conducta, contraria á la fé misma. Los profanos os atribuyen alguna ciencia; pero los buenos no es fácil se dejen seducir. Reservais los obispos para que sean vuestros cómplices; á los buenos sustituis los malos; encarcelais los sacerdotes; haceis marchar vuestras legiones para atemorizar á la Iglesia; imponéis á los concilios; haceis doblegar la fé de los Occidentales bajo el terror de vuestras impías ordenanzas; los encerrais en el recinto de una sola ciudad, donde los subyugais con terribles amenazas, los asediais con los rigores del frio y del hambre y los sobornais con engañosas promesas. En cuanto á los Orientales, fomentais artificiosamente las divisiones que los desunen, poniendo en juego al mismo tiempo todos los arbitrios de la superchería, desacreditando las antiguas tradiciones, apoyando las doctrinas nuevas y entregándoos á todos los excesos de la barbárie, con la única precaucion de quitarnos el honor del martirio. ¡Vosotros, que haciais correr en todos los parajes del mundo torrentes de sangre cristiana, vosotros servisteis mucho mejor con vuestros furores los intereses de la religion santa, porque ayudásteis á triun-

far á sus defensores ilustres del demonio! El infierno, vencido por la voz de los santos confesores, obligados á abandonar por orden de estos el cuerpo que poseian, se vengaban de su derrota por medio de los caballetes y de las hogueras; mas en la actualidad no nos es dado hacer triunfar la fé por los tormentos, el martirio carece de gloria, y la confesion del nombre cristiano se hace sin provecho para el cristianismo. Tirano el mas cruel que jamás hubo en el mundo, vuestra persecucion, á la vez que nos quita todo recurso con que combatirla, os coloca en peor posicion que la de vuestros sanguinarios antecesores.

Vuestras victimas no tendrán que presentar al soberano juez, para escusar sus faltas, señales de sus tormentos ni cicatrices.... Vuestra bárbara política se conduce mucho mejor; pues quita á la apostasia la apariencia del crimen y el mérito del martirio á la confesion. A través de esa fingida mansedumbre, percibimos claramente la feroz señal del enemigo del ganado. Abrazais á los sacerdotes de Jesucristo, y el Señor fué entregado á sus enemigos por la perfidia de un beso: los admitís en vuestra mesa; y al levantarse de ella Judas, vendió á su Maestro: dotais el santuario con el oro del Estado, á la vez que le despojais de sus ministros: cedéis vuestros derechos respecto al pago del tributo debido al César; pero suprimís el tributo debido á Dios. Se manifiesta la piel de oveja, pero en las obras se conoce la saña del lobo. ¿Referiré el catálogo de vuestras obras en lo que á nosotros interesa? Habeis desposeído del episcopado á hombres á quienes nadie se atrevia á condenar; testigo es de ello toda Alejandria, que ha presenciado tantas violencias y convulsivas agitaciones. Destitucion de gobernadores, reemplazados por hombres mas flexibles, corrupcion en el pueblo, movimiento en las legiones, todo se ha puesto en práctica para impedir que Atanasio predique á Jesucristo. No hablaré de otras ciudades de menor importancia en todo el Oriente, á las que se ha conseguido abrumar con luchas y con terrores. Los obispos, los sacerdotes, los fieles, han sido perseguidos cruelmente, porque profesan la fé de Nicea sobre la divini-

dad de Jesucristo. Porque no os sea posible explicar el misterio de la regeneracion del Verbo, ¿teneis derecho para no admitirlo? Tanta es vuestra temeraria curiosidad y la osadía de vuestra presuncion. Si dependiera de nosotros el escalar el cielo, reformar el Sol, cambiar el curso de sus movimientos, someter á nuestros caprichos toda la naturaleza y poner manos sacrilegas sobre las obras del Omnipotente, lo haríamos, no lo dudeis; felizmente nuestra naturaleza pone un obstáculo á estos excesos de que seríamos capaces.

Rechazais el misterio porque no lo comprendéis. Pues bien; acudiré á la vasta estension de los cielos, para preguntaros la explicacion de sus fenómenos; os haré descender á los abismos; me bastará una sencilla pregunta:—Explicadme el misterio de vuestra propia generacion: ¿lo sabeis?—No.—[Débil criatura, ignorais vuestro propio origen, y quereis sondear el del Creador! ¡Sois un completo enigma! vuestra inteligencia, vuestros órganos, vuestro movimiento, todo os admira á cada paso: lo confesais, no vacilais al reconocer vuestra ignorancia en todo lo que os es personal, y os atreveis á decidir cuál debe ser la esencia de Dios!]

Citaremos, por último, algunos párrafos de la carta que San Hilario escribió contra Ausencio, obispo de Milán:

«Gran nombre es el nombre de *paz*: bello pensamiento el pensamiento de *union*; pero ni union ni paz son posibles fuera de la doctrina de la Iglesia, fuera del Evangelio. ¿Quién lo duda? La paz que antes de su gloriosa pasion predicó Jesucristo á sus discípulos, la paz que antes de dejarlos les encargó que guardaran como muestra de su obediencia eterna, es la que siempre hemos invocado con el mayor anhelo, la que ha sido el constante objeto de nuestros esfuerzos, y la que sin cesar hemos trabajado por introducir y afirmar entre nosotros. Pero defraudadas nuestras esperanzas, no hemos podido realizar esta gran

obra; ¡ay de nosotros! nuestros pecados no lo han permitido; y los ministros del Antecristo, estos hombres que se atreven á vanagloriarse de una odiosa paz, que no es mas que la union en la impiedad, se han levantado contra nosotros. ¿Y son estos obispos de Jesucristo? nó, de ningun modo, son simplemente los sacerdotes del Antecristo.

¡Ah! lloremos los desgraciados tiempos en que vivimos; aflijámonos, hermanos míos, por esa loca opinion que pone á Dios bajo el patronato de los hombres, y por ese espíritu de intriga que llama el siglo en socorro de la Iglesia. Mas os ruego me digais, dignos obispos, que todavía creéis en la verdad del gran nombre: ¿A qué sufragio acudieron los Apóstoles para predicar el Evangelio? ¿Qué poderes les ayudaron, cuando publicaban el nombre de Jesucristo y hacian pasar las naciones del culto de la idolatría al del verdadero Dios? ¿Mendigaban por ventura el apoyo de los reyes, mientras sumergidos en los horrores de las prisiones, oprimidos bajo el peso de las cadenas y el látigo de los verdugos, cantaban himnos de accion de gracias? ¿Vallase Pablo de órdenes imperiales, siendo el ludibrio de la muchedumbre, para levantar una iglesia en honor de Jesucristo?....»

De un modo tan acertado supo San Hilario cumplir su mision augusta sobre la tierra; muy parecido á San Atanasio, dá sin embargo á conocer en sus escritos las diferencias que separaban al genio griego del genio latino. Estos dos Padres de la Iglesia, ardientes partidarios del simbolo de Nicea, aceptan con entusiasmo su defensa, pero los medios que emplean para conseguir el triunfo son muy distintos. Atanasio, para destruir mas fácilmente la heregia, acepta el campo á que se le conduce; lucha en él con intrepidez, y sale vencedor: San Hilario no cede un solo palmo de terreno á su enemigo, lo asedia con su

rígida dialéctica, afirma y no discute. De carácter altivo é inflexible, de conciencia recta, de espíritu valeroso, atacan la tiranía del poder, Hilario con sencilla firmeza, Atanasio con hábil política: su fin, su objeto es uno mismo, las consecuencias de su predicacion, el triunfo de la verdad en Oriente y en Occidente.

Bosuet dice: «Atanasio é Hilario son iguales en gloria, como fueron iguales en valor.»

La mejor edicion de las obras de San Hilario, creemos que sea la hecha por los PP. Benedictinos en el año 1693. Esta edicion comprende: 1.º Los doce *Libros* de la Trinidad. 2.º El *Tratado* de los sínodos. 3.º Sus *Peticiones* al emperador Constantino. 4.º *Comentarios* diversos sobre San Mateo y los salmos. Otra edicion se hizo en Verona en 1780, que no es tan correcta como la de los PP. Benedictinos.

San Ambrosio.

San Ambrosio es uno de los mas esclarecidos varones de la Iglesia latina: nació en la ciudad de Tréveris el año 340, siendo su padre gobernador de las Galias, y en tal concepto, uno de los primeros dignatarios del imperio.

Cuando era niño, refiere Paulino, que hallándose durmiendo en su cuna, varias abejas se posaron en su rostro, y ante un gran número de personas entraron y salieron en su boca sin causarle el menor daño; prodigio que, difundido por la ciudad, se consideró como un presagio de la santidad de Ambrosio y la dulzura de su futura elocuencia.

Concluidos sus primeros estudios en Roma, donde despues de muerto su padre se estableció toda la familia, San Ambro-